

Título del trabajo: Melancolía y Existencia.

Nombre y Apellido: Lic. Mariano Acciardi

Profesión o Disciplina: Psicólogo, .Profesor Facultad de Psicología de la Universidad de Buenos Aires, Investigador de UBACyT

Institución: Facultad de Psicología – Universidad de Buenos Aires

Ciudad y País: Ciudad de Buenos Aires - Argentina

E-Mail : mariano@acciardi.com.ar

Teléfono: (011 15) 4187 2423

Melancolía y Existencia.

Área temática: Salud

Modalidad de producción: Ensayo

La dignidad del hombre una y otra vez se ha visto pisoteada. Indefensos instrumentos de una voluntad diabólica, nos vemos obligados a presenciar una y otra vez las atrocidades de nuestra existencia. Como siempre, el mundo de la paz perpetua nunca ha existido. Los ideales kantianos dando lugar a la construcción de una Europa unificada y por la Razón regida una y otra vez en lo real se han hecho añicos.

Lo que una racionalidad pretendió considerar obsoleto, reaparece vivificado y gozando de perfecta salud periódicamente.. Eternamente....

Los garantes de la paz del mundo, en nombre de esa paz, como siempre, han masacrado sociedades enteras, una vez más, como siempre.

La existencia verdadera siempre procrastinada hoy como hace 606 años parece una vez más al futuro lanzada. Una ciudad de dios en la que todos los hombres vivan en paz y libertad como nunca en la contemplación única y grandiosa de dios es una y otra vez relanzada, prometida.

“ Cuando el terrorismo sea erradicado de la faz de la tierra, en compañía de la Dios democracia, podremos al fin, una vez más contemplar el bien para todos. La esperanza es posible. El hombre es por naturaleza democrático y bueno. Lleva la expresión de dios en su interior grabada, solo se ha alejado de Él por una inclinación a falsos bienes terrenales, pues la voluntad humana requiere de la ayuda de la gracia EEUU para acercarse, al fin a Dios quien será de una vez y para siempre redescubierto en lo más profundo del corazón, del interior de todos los hombres.”

Año 1400, el demonio merodea los monasterios, la terrible tentación, la más temible de todas, pone en peligro hasta al más confiado a la fe de Cristo. Cualquier cosa es tolerable, cualquier cosa es perdonable, menos ella, la terrible e implacable, por sobre todas las cosas la más implacable

acecha:**La Acedia**

El monje ha perdido toda esperanza de una vida mejor, descrea de Dios, descrea del mundo. Se ve como lo que es, una miseria moral, un resto que merece morir antes que seguir viviendo. Pero no es grave tanto por él. El pecado capital por sobre todas las cosas, grave lo es por los otros, otros que pueden verse tentados por tan terrible influencia diabólica.

La Acedia se opone directamente a la caridad, pero también a la esperanza, a la fortaleza, a la sabiduría y sobre todo a la religión, a la devoción, al fervor, al amor de Dios y a su gozo.

A su visión del mundo no hay con que darle, no hay razón que pueda oponérsele, ha ofendido a su señor rechazando su verdad, su palabra y su amor.

meglio sarebbe "non essere nato" (tò mè ghenèsthai) o, in secondo luogo, "morire presto"

No alcanzamos a comprender que es lo que al enfermo lo aleja de todo aquello que puede apegarlo a la vida. Nada hay que pueda decirse en contra de su certeza. No hay razones válidas que puedan erigirse en contrario. Finalmente el interlocutor cae abatido, casi afirmando que en última instancia no hay nada que hacer, la percepción que el enfermo tiene de si mismo es perfectamente adecuada, perfectamente lúcida.

Mirando a la muerte, a su muerte y a la vida con su rostro impávido, la enunciación de la verdad que anuncia no tiene desperdicios. Morir es lo mejor que puede pasarle, ya que ha tenido la desgracia de haber nacido y haber sido atacado por una lucidez extrema que lo enfrenta con la más profunda miseria de lo que es. Avatar yoico que no tiene otra salida que la eterna tortura de la culpa por haber nacido.

Siglos de ciencia han intentado acallar inútilmente esta verdad que irrumpe rompiendo. Nada queda digno, nada queda de vida a su alrededor. El mundo se ha tornado tan oscuro que su claridad encandila.

Acallemos a estos pecadores, que arruinarán este mundo mísero !!

En nuestros días esto viene a ser relevado, salvado, procesado con un diagnóstico: "Depresión". Por sobre las estructuras clínicas la depresión parece abarcarlo todo, la vida, los hombres, este mundo mísero. La generalización de este último diagnóstico apunta una vez más a borrar su verdad. Basta que un paciente se presente ante su médico como triste, desengañado, sin ganas de hacer nada, cuya ansiedad no lo deja dormir para que se le prescriba un tratamiento antidepresivo.

Efectivamente, eso lo tranquiliza por un tiempo, pero la prescripción del tratamiento nada tuvo en cuenta la causalidad psíquica de ese sufrimiento, menos aún una causalidad inconsciente.

En palabras del creador de la psicofarmacología:

"... La humanidad, en el curso de su evolución, estaba obligada a resignarse a las drogas. Sin los psicotrópicos, se hubiera producido tal vez una revolución de la conciencia humana que clamara: ' ¡Esto no se soporta más!', mientras seguimos soportando gracias a los psicotrópicos..." (Henry Laborit, citado por E. Roudinesco)

¿Qué es lo que no se soporta más?. Efectivamente el sufrimiento. La medicina contemporánea es cierto que hace mucho para que el sufrimiento sea lo menos perceptible posible para el individuo.

Sin embargo, ese adormecimiento es justificable en traumatología cirugía u odontología, pero ¿Ocurre lo mismo respecto del sufrimiento psíquico?.

En "El Malestar..." Freud se ve conducido a dar cuenta de un sufrimiento estructural de la condición humana. Si algún paciente ha llegado al nivel de lucidez cercano a la melancolía respecto de este punto, entonces un médico le prescribe un psicotrópico para que su cuerpo descansa y su cabeza no piense. Esto es fantástico, ¿A dónde apunta el psicotrópico?. A lo mismo que siempre apuntaron las drogas de la humanidad, pero ahora de manera bastante más exitosa. Apunta directamente al seno mismo de la causalidad humana, pretendiendo borrar del género humano la esencia de su condición.

Mas vale vida medicalizada que melancolizada, esta última no es vida... La otra tampoco.

Desde el punto de vista de la subjetividad, esto es válido respecto de la generalización del diagnóstico de depresión, como forma de eliminar al hombre y al conflicto, pero es también válido respecto del borramiento del anudamiento subjetivo mismo. Anudamientos tan diferentes como ser la depresión neurótica y la melancolía se colocan así en el mismo lugar: Patologías tratables con antidepresivos.

Si en todos estos siglos de ciencia y religión, aún no se la ha podido acallar, esta entidad clínica cuya homogeneidad ha permanecido incólume, algo acerca de lo indefectiblemente humano nos debe enseñar. Algo del nefasto destino al que estamos condenados debe con letras sagradas escrito estar en lo más oculto de su ser.

Condenados a sufrir, en un mas allá aterrador como principio más primario, la estirpe humana no tiene salida por el lado del bien. ¿No bastan nuestros tiempos, con las tecnologías de la información, y habiendo recopilado unos cuantos años de historia para convencernos?. Esto es lo que día a día nos repite irrefutablemente la melancolía. La extrema realidad que ello enuncia es insoportable.

La melancolía desde todos los tiempos da cuenta de una particular relación del sujeto con sus objetos. Gusta mucho de denunciar la farsa de las verdades universales que nadie se atrevería a cuestionar. Esto ha sido aislado por uno de los primeros intentos en la historia de la psiquiatría, de introducir distinciones en la primera gran disolución del concepto de melancolía realizada por Esquirol bajo el nombre de "lipemanía" como fase inicial de los delirios crónicos. Cotard entonces, con su delirio de negación como trastorno psicomotor centrífugo produce una primera distinción clínica, opuesta a la paranoia en base a elementos diferenciales que aún hoy conservan plena vigencia. Tendencias auto-acusadoras, fenómenos psicomotores en primer plano (impulsos y condena), desaparición del objeto (destrucción cumplida), opuestas claramente a la sintomatología paranoica (Tendencias hetero-acusadoras, fenómenos psicosensoriales que pueden motivar

fenómenos psicomotores, distorsión de la relación con el objeto). De todos los elementos presentes en la entidad clínica de Cotard nos detendremos un momento en uno muy particular:

La experiencia del sujeto respecto del mundo de la realidad se manifiesta a través de negaciones metafísicas relacionadas con verdades universales y en las que aparece borrado por el carácter impersonal de las afirmaciones (No refieren directamente a él como referirían ciertas negaciones metafísicas en otras patologías como la paranoia o la esquizofrenia.)

¿Qué consecuencias trae aparejado el increíble aislamiento de Cotard del síndrome de negación? Es precisamente en los caracteres esenciales de este síndrome, que la melancolía nos revela "a cielo abierto", cuestiones estructurales del sujeto humano que no podemos ni debemos tapar, éticamente hablando.

-En primer lugar, la manera en que se enuncian las negaciones metafísicas dan cuenta de una eliminación muy particular del sujeto de la enunciación reducido a simple sujeto del enunciado, o bien el sujeto de la enunciación se evocade manera objetiva, adquiriendo un status lingüístico pasivo o puro accidente de un contenido representativo: "...La verdad no existe... " " No hay más justicia" . Estas negaciones metafísicas impersonales son comunes en la melancolía y no tanto o no formuladas de esta manera (universal e impersonalmente) en la paranoia. Estas negaciones denuncian a la verdad precisamente en las grietas en que desfallece por su mismo intento de irrupción.

-Respecto de los auto-reproches, corremos el riesgo de cometer un vicio de interpretación si interpretamos la culpa como un contenido latente cualquiera producto de un supuesto conflicto ICC. Cuando Freud es bien claro en referencia a que el inconciente ignora completamente la contradicción, que no hay nada inconciente en la falta de que se trata. En este sentido nos encontramos en la melancolía en la clara manifestación de una culpa -que habrá que dilucidar que estructura tiene- del sujeto humano que da cuenta de una profundidad que no pocos años le ha llevado a la civilización para producir un saber sobre ella. Quizás esto haya sido iniciado brillante y eficazmente sino con los padres de la iglesia en el advenimiento mismo del cristianismo y todas las elaboraciones de saber relativas a la caída, pero no ha quedado allí Que esto se vea desencadenado en general como consecuencia de una pérdida real o ideal es de lo que va a dar cuenta el valioso desarrollo freudiano acerca de las constelaciones psíquicas en juego.

-Nos encontramos en la posición melancólica en una admirable inversión de la posición cristiana. ¡Oh cristianos, que sería de ustedes si en verdad escucharan el texto del discurso de los melancólicos!. Lo infernal del sufrimiento melancólico da suficiente certeza al sujeto de que no hay

esperanza posible. La clemencia luego del juicio a fin de evitar el castigo eterno no existe. La melancolía rechaza la desmentida del infierno y es fascinante en ello, además de terrible...

Más de una encíclica se ha escrito a fin de condenar y si fuera posible quemar, a los melancólicos. Sobre todo cuando la misma comenzaba a hacer peligrar realmente la vida en los conventos. La encíclica de 1697 condenaba al quietismo. La Acedia era considerada como pecado. Era preciso desterrarla de la Iglesia.

Con una posición análoga a la del amor puro, la Acedia ya no esperaba recompensas, y ello amenazaba los fundamentos mismos de la religión Cristiana.

"... Los cenobitas de la Tebaida se hallaban sometidos a los asaltos de muchos demonios. La mayor parte de esos espíritus malignos aparecía furtivamente a la llegada de la noche. Pero había uno, un enemigo de mortal sutileza, que se paseaba sin temor a la luz del día. Los santos del desierto lo llamaban daemon meridianus, pues su hora favorita de visita era bajo el sol ardiente. Yacía a la espera de que aquellos monjes que se hastiaran de trabajar bajo el calor opresivo, aprovechando un momento de flaqueza para forzar la entrada a sus corazones. Y una vez instalado dentro, ¡qué estragos cometía!, pues de repente a la pobre víctima el día le resultaba intolerablemente largo y la vida desoladoramente vacía. Iba a la puerta de su celda, miraba el sol en lo alto y se preguntaba si un nuevo Josué había detenido el astro a la mitad de su curso celeste. Regresaba entonces a la sombra y se preguntaba por qué razón él estaba metido en una celda y si la existencia tenía algún sentido. Volvía entonces a mirar el sol, hallándolo indiscutiblemente estacionario, mientras que la hora de la merienda común se le antojaba más remota que nunca. Volvía entonces a sus meditaciones para hundirse, entre el disgusto y la fatiga, en las negras profundidades de la desesperación y el consternado descreimiento. Cuando tal cosa ocurría el demonio sonreía y podía marcharse ya, a sabiendas de que había logrado una buena faena mañanera...." Aldous Huxley, citado en Wikipedia: En la antigüedad y el medioevo: la acedia

Es interesante trazar las líneas en que la gran institución mundial condena las verdades surgentes en una época. La Acedia, la Melancolía, critican en acto las verdades pragmáticas del saber religioso que afirman que la muerte no es la finalización de la vida.

El gran mandamiento o verdad pragmática "Amarás al prójimo como a ti mismo", es la negación punto por punto de "Odiarás al prójimo como a ti mismo", verdad humana por excelencia y que líricamente pone en juego la melancolía denunciando la inconsistencia de su contraria. Lacan brillantemente volverá a ello en el seminario de la Ética, haciendo del odio a si mismo, de la pulsión de muerte lo constitutivo del hombre.

-Indagar la melancolía es indagar las relaciones entre el goce, el Super-Yo, el Otro Divino y la fascinación del sujeto que decide de este último privarse. No pocas verdades pueden extraerse de semejante constelación psíquica sufrida en lo más profundo del alma por el melancólico. Sufrimiento

infinito coincidente con abrumadora relación con la verdad, con la verdad de que Dios ha muerto, que no puede sino sumir al que la padece en un hundimiento eterno, sin calma ni tope, en un horadar continuo sin límites que no pocas veces empuja al sujeto al suicidio. Con la muerte del padre es preciso que yo muera para a él inmortalizarlo. Althusser una y otra vez en sus recaídas daba testimonio de tal verdad.

-Es el desamparo Luterano, la miseria humana que somos lo que la melancolía denuncia. Es el desconcierto absoluto, del hombre, que, en la relación con el si mismo que es su propia muerte no puede esperar ayuda de nadie. Ningún Otro divino vendrá a rescatarlo. No hay esperanza. La melancolía deja al hombre tirado en ese lugar de abandono, de exilio, donde el único existente es la paradoja lógica. Infierno de vida del que el melancólico se empeña en no salir. Contacto supremo con la verdad del horror, en el que el lenguaje introduce a la criatura humana.

-Al igual que para los Darwinianos radicales, para el melancólico no está garantido que la evolución no sea hacia lo peor. Lucidez y paradógica valentía acometen al enfermo, incluso en su cobardía moral, en los momentos en que nos pone frente a un mundo que amenaza a reintroducimos en su negro interior, en la medida que esa misma negrura rodea el nuestro. Es nuestro mundo el que pretendemos separado de aquel en cuyo interior-exterior, podemos de un momento a otro ser reabsorbidos.

Una vida vivida en el desconocimiento de los propios males es la menos penosa. Es imposible para los hombres que les suceda la mejor de las cosas, ni que puedan compartir la naturaleza de lo que es mejor. Por esto es lo mejor, para todos los hombres y mujeres, no nacer; y lo segundo después de esto —la primera cosa que pueden conseguir los hombres— es, una vez nacidos, morir tan rápido como se pueda. (Consolatio ad Apollonium, 27, 115B-C)

Crisis espiritual, crisis del mundo, crisis histórica, es el ilusorio nombre que intentamos darle, con pretensión de instantánea, a nuestra eterna negrura; dándonos la ilusión de que es temporaria y no eterna y omnipresente tal como la vive y de la cual nos da terrorífico testimonio el sujeto melancólico. Por suerte no estamos como él, eterna e infinitamente imbuidos e identificados con ella. Existe al menos a veces el amor.

Movimientos filosóficos enteros pretendieron dar consistencia a un conocimiento sobre la grandeza y grandiosidad del hombre y su mundo como reacción a este vacío denso y pesado, que todas las épocas permiten vislumbrar en ciertos momentos históricos. Eso es sinthome, eso es intento de restitución, pero hay producción.

A esta hiancia particular que al mundo hace estallar, le debemos demasiado como para pretender borrarla, le debemos los transfinitos, el marxismo utilizable... Le debemos ciudades enteras y mundos consistentes como pocos: mundos matemáticos.

Es el sinsentido de la vida lo que la melancolía enuncia. Desmiente asimismo a esa otra, esa segunda muerte en cuyo límite habita la belleza, la desmiente afirmándola, no hay peor muerte que esta misma, que la misma muerte de haber nacido. Es el quedar acorralado definitivamente en el entredos-muertes, ante la imposibilidad de sobrepasar cualquiera de los dos límites, igual que todo el mundo, pero con la terrorífica diferencia de saberlo, saberse allí perdido cruda y plenamente reencontrado. Ya no hay esperanza de clemencia luego del juicio. No hay más allá posible distinto que la eterna condena de la muerte infinita de todo ideal que no puede sino ser vivida terrible y eternamente en vida.

Peligrosamente hoy, la ciencia parece al fin haber tomado poder suficiente como para acallar esta verdad. No es sino esto pretender reducir tal riqueza y profundidad de la verdad del hombre bajo un término demasiado nuevo como para abarcar la inmensidad de los siglos en que ella ha perdurado. No puede negarse que “Depresión” es con todas las letras menos poético que “Melancolía”, pero es más práctico: Se puede pretender tratar con antidepresivos....

Bibliografía:

- Freud, Sigmund; Manuscrito G; Libro I; Amorrortu, 1990.
- Freud, Sigmund; Duelo y Melancolía; Libro XIV; Amorrortu, 1990.
- Freud, Sigmund; Más allá del principio del placer; Libro XVIII ; Amorrortu, 1990.
- Freud, Sigmund; El yo y el ello; Libro XIX ; Amorrortu, 1990.
- Freud, Sigmund; El malestar en la cultura; Libro XXI ; Amorrortu, 1990.
- Kreepelin, Emil; La Locura Maníaco –Depresiva...; Polemos; 1985
- Lacan, Jacques; La ética del psicoanálisis, El Seminario. Libro VII; Paidós; 1992.
- Lacan, Jacques;" El Reverso del Psicoanálisis, El Seminario libro 17 "; Paidos;1992.
- Lacan, Jacques: Le sinthome; El Seminario libro 23; Trad. Escuela Freudiana de Bs As;1992.
- Lacan, Jacques; "Joyce, el síntoma" , J. L. , texto aparecido en francés en la revista L'Ane Nº 6 y en castellano en: "Carpeta de Psicoanálisis 2", editorial Letra Viva, Bs. As., Argentina, 1985. (Trad. Ana María Gómez)
- Lacan, Jacques; Psicoanálisis, Radiofonía y Televisión; Ed. Anagrama; Madrid; 1992
- Le Brun, Jacques; EL amor puro de Platón a Lacan; Ed. Paidos; 2003
- Pellion, Frederick; Melancolía y Verdad; . Ed. Manantial; Buenos Aires; 2003
- Pommier, Gérard: Louis de la Nada, Amorrortu Editores; 2001.
- Roudinesco, Élisabeth; ¿Por qué el psicoanálisis?, Paidos; 2004
- Wikipedia; En la antigüedad y el medioevo: la acedia, en artículo sobre la depresión disponible en:
<http://es.wikipedia.org>

